

LOS FINES DE LA UNIVERSIDAD

THE PURPOSE OF THE UNIVERSITY

Javier Bermúdez Aponte

Javier
Bermúdez
Aponte

Doctor en Gobierno y Cultura de las Organizaciones.
Profesor Facultad de Educación en la Universidad de
La Sabana, Bogotá, Colombia.
javier.bermudez@unisabana.edu.com

RESUMEN

Se parte de la reflexión sobre el lugar del saber superior en la Universidad, lo que se relaciona con el sentido propio de esta institución social: la búsqueda de la verdad. El saber superior, ligado al conocimiento profundo de la realidad, su búsqueda, conservación y difusión, son tareas propias y casi exclusivas de las universidades. Son ellas las que, con sus diferentes actividades y descubrimientos, hacen avanzar nuestro saber sobre las cosas y sobre el hombre. Se finaliza resaltando la importancia de volver a los fines de la universidad, ofreciendo una visión completa de sus rasgos esenciales mediante una aproximación teleológica de la educación, el carácter unitario que debe estar presente en las personas y los saberes a su interior, y el estudio de la tradición como acumulado de erudición y cultura.

Palabras clave: universidad, personal académico docente, filosofía de la educación, cultura, conocimiento.

ABSTRACT

This article is based on the reflection on the place of superior knowledge in the University, which connects with the proper meaning of this social institution, which is the search for truth. The superior knowledge, linked to the deep knowledge of the reality, its search, conservation and diffusion, are own and almost exclusive tasks of the universities. They are the ones who, with their different activities and discoveries, advance our knowledge of things and of man. The article ends by emphasizing the importance of returning to the aims of the university. As well, the article pretends to offer a complete view of its essential features through a teleological approach to education, the unitary character that must be present in people, and the study of tradition as an accumulation of erudition and culture.

Key Words: universities, university professors, educational philosophy, culture, knowledge.

INTRODUCCIÓN: NOTAS HISTÓRICAS DE LA UNIVERSIDAD DEL SIGLO XX

La evolución de la educación superior durante el siglo XX no es comparable con la ocurrida en siglos anteriores. Por supuesto, no pretendemos en el presente texto realizar un análisis de este proceso, sino presentar algunos aspectos de este cambio que explican la situación actual de la universidad.

Cuatro características de un nuevo modelo de universidad están presentes desde comienzos del siglo XX: el reemplazo del profesor generalista por profesores especialistas, dedicados a un ámbito científico o técnico mucho más preciso; el declive de un objetivo hasta entonces importante dentro de tal institución educativa («conservar» y «transmitir» los saberes), en favor del «progreso en el conocimiento» y la «aplicación de los nuevos descubrimientos al desarrollo socioeconómico»; la adopción del principio de «libertad académica» como motor principal de la vida universitaria; y la dependencia creciente de

las instituciones universitarias con respecto del Estado, único capaz de cubrir sus costes cada vez mayores y de asegurar su pervivencia (García Garrido, 1999).

Las dos primeras características, muy ligadas al proceso de industrialización del mundo, se observan muy en particular en las universidades de los Estados Unidos, convertidas en referente para todas las demás. La denominada «research university» adquiere plena vigencia hasta nuestros días. Se reconoce a la Johns Hopkins University como la primera en aplicar, con toda su fuerza en el nuevo mundo, el modelo humboldtiano, seguida muy de cerca por otros centros más antiguos como Harvard University y Yale University.

Paralelamente, Estados Unidos adelantó a Europa en cuanto a la expansión de los estudios superiores, tanto como consecuencia de sus convicciones democráticas, como de las demandas del sector industrial en pro del crecimiento y la consolidación del país.

Lo que se produjo entonces fue un aumento enorme de los estudiantes de la enseñanza superior, y por ende, del número de universidades. Se abandonó, así, el carácter elitista que habían tenido estas instituciones para acoger todo tipo de personas, con las consecuencias que esto conlleva.

Por otra parte, García Garrido (1999), resume en cinco los modelos de universidad vigentes a principios de la segunda parte del siglo XX (ver cuadro), que sin lugar a dudas han ido cambiando o incluso desapareciendo por dos causas: el ingreso masivo de estudiantes a la universidad, que ha perdido su elitismo; y por otra parte, la imperiosa necesidad de responder a múltiples demandas y alcanzar objetivos divergentes. En este sentido, es en el que Clark Kerr acuñó la expresión «multiversity», para destacar que la universidad deja de ser una «comunidad», ya que alberga en realidad a muchas facciones diferentes e incluso contrapuestas.

Una comunidad, como las comunidades medievales de maestros y estudiantes, debería tener intereses comunes; en la «multiversidad» los hay muy variados, incluso conflictivos entre sí. Una comunidad debería poseer

un alma, un único principio de animación; la «multiversidad» tiene varias —algunas de ellas bastante buenas, aunque se debate mucho cuáles de esas almas merecerían realmente la salvación (Kerr, 1963, p. 19) ¹.

La amenaza que Kerr observaba de la *multiversity* hace medio siglo, no sólo se ha cumplido, sino que afecta hoy, no únicamente a las propias instituciones universitarias, sino igualmente al conjunto del sistema de educación superior en la mayor parte de los países. De ahí que numerosos académicos, también y especialmente los estadounidenses (D'Souza, 1991; Rosovsky, 1991; Lasch, 1979), hayan criticado de manera directa a este modelo de universidad.

Dichos autores reclaman la recuperación de una enseñanza superior formadora de élites y presidida por criterios de «excelencia académica», que es la que parece estar desvaneciéndose. Ello no impediría que otras instituciones, llámense o no universidades, puedan atender del mejor modo posible la demanda de estudios más profesionalizantes, más prácticos o, sencillamente, menos exigentes.

Un medio de formación	Una comunidad de investigadores	Un fogón del progreso	Un molde intelectual	Un factor de producción
Modelo Oxbridge	Modelo Humboldtiano	Modelo Norteamericano	Modelo Napoleónico	Modelo Soviético
Aspiración del individuo al saber	Aspiración de la humanidad a la verdad	Aspiración de la sociedad al progreso	Estabilidad política del Estado	Edificación de la sociedad comunista
Educación general y liberal	Unidad de investigación y enseñanza	Simbiosis de ambas para la creación	Enseñanza profesional uniforme	Instrumento de formación profesional y política

Fuente: García Garrido, 1999, p. 204.

¹ A community, like the medieval communities of masters and students, should have common interest; in the multiversity, they are quite varied, even conflicting. A community should have a soul, a single animating principle; the multiversity has several —some of them quite good, although there is much debate on which souls really deserve salvation (p. 19).

EL SABER SUPERIOR

Al revisar la historia de la universidad, cualquier análisis muestra que su finalidad permanente ha sido el cultivo del saber, aquel que se considera, en cada momento histórico, como el más elevado y se tiene por verdadero.

Lo primero que conviene analizar es qué se entiende por saber. Una vez aclarado este concepto se explicará en qué sentido es superior, y se presentarán los diferentes elementos que lo componen, para definir el papel docente por relación a él.

La finalidad permanente de la universidad a lo largo de la historia ha sido el cultivo y la difusión del saber más elevado. Esta es su característica más diferenciadora: todos los conocimientos que constituyen su objeto poseen esa connotación superior, y éste es uno de los aspectos más relevantes de un centro de estudios que aspira a difundir un saber universal, pues en él se genera un ambiente que facilita el intercambio de conocimientos, y donde el respeto y la tradición intelectual prosperan en beneficio del saber (Newman, 1996, p. 125).

Este mismo autor advierte que el fin del saber es de dos tipos, ya que puede orientarse a éste o al otro mundo: si el fin que se persigue es profano, se llamará a éste «saber útil»; en cambio, si el saber es cultivado con un fin eterno, se le llamará «saber religioso o cristiano» (p. 136). En este sentido, el saber debe conllevar un bien físico o moral, de lo contrario no merece la pena dedicarle tiempo en alcanzarlo.

El saber es crecimiento, es un avance pero no hacia alguna cosa distinta de quien conoce, sino hacia el propio cognoscente, cuya identidad resulta reforzada al conocer. «De ahí que el saber represente —junto con el amor— la actividad más directamente dirigida a alcanzar una vida lograda» (Llano, 2003, p. 37). En la universidad, la búsqueda del saber se constituye en un modo propio del universitario; es decir, realiza su proyecto a través de él, crece como persona, pues el saber termina siendo cercano y propio.

Por otra parte, los bienes inmateriales son siempre más comunicables, pueden compartirse mucho más ampliamente que los bienes

materiales. En este sentido, quien busca y encuentra la verdad debe hacer partícipes a los demás de lo que ha descubierto y contemplado (Pérez, Balbín, y Cervigón, 2012, p. 56).

El saber por excelencia es el que muestra la verdad en todas sus manifestaciones, lo que subyace más allá de las apariencias y proporciona sentido tanto a la realidad como a la propia vida. En un discurso a universitarios, el papa emérito Benedicto XVI manifestaba que el hombre siempre quiere conocer, quiere encontrar la verdad, que es «ante todo algo del ver, del comprender, de la *theoría*, como la llama la tradición griega» (Rodríguez Iturbe, 2014, p. 17). La universidad es, así, la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana, y no es casualidad que fuera precisamente la Iglesia quien promoviera la institución universitaria en sus inicios, dado su permanente interés por la búsqueda, conservación y difusión de la verdad en todos sus niveles.

Suscitar en los jóvenes esa sed de verdad, es precisamente lo que les llevará a buscarla. Pero para ello conviene recordar que el camino hacia la verdad completa compromete también al ser humano por entero (Rodríguez, 2014); de tal manera, que no podemos avanzar en el conocimiento de algo si no nos mueve el amor.

La búsqueda de la verdad no es ajena a los problemas diarios o inherentes a la vida humana. Afirmaba monseñor Escrivá en la investidura de doctores *honoris causa* celebrada el 7 de octubre de 1967, que la universidad tiene como su más alta misión el servicio de los hombres, el ser fermento de la sociedad en que vive. Por eso debe investigar la verdad en todos los campos, desde la teología, ciencia de la fe, llamada a considerar verdades siempre actuales, hasta las demás ciencias del espíritu y la naturaleza (Polo, Castillo, Honorato, Ponz, Rodríguez y Llano, 1993, p. 90).

Por ello, plantear pragmáticamente las tareas universitarias, olvidando la búsqueda de la verdad, empobrece grandemente la misión de la universidad (Pérez, María de Balbín y Cervigón, 2012, p. 52). Esto se evidencia actualmente en la manera como se conceptualiza y evalúa la calidad educativa, vinculándola a aspectos de tipo técnico o instrumental, en detrimento de lo propiamente formativo para las personas.

La necesaria orientación de toda la vida universitaria hacia la verdad no es algo baladí, sino un elemento esencial. Sin esta orientación, la universidad perdería su razón de ser (Pérez, María de Balbín y Cervigón 2012, p. 57). El amor a la verdad es el motor que compromete al docente en su quehacer diario, y se evidencia en el empeño por plantearse preguntas, buscar razones, estimular en los estudiantes el afán por conocer, y buscar la verdad que va unida a la belleza y el bien.

Como plantea Rodríguez (2014):

Si la vida académica es vida de búsqueda de la Verdad, de la Bondad, de la Belleza y de la Unidad, es porque esos cuatro trascendentales son predicamentos de todo aquello que participa del ser, y por tal razón, lleva en sí mismo, por la misma analogía del ser, al Analogante Supremo, que es Dios (p. 101).

En la universidad, la búsqueda ha sido y debe ser siempre la verdad propia de la persona humana. No se trata de una verdad cualquiera, porque la verdad sobre el hombre resulta inseparable de la verdad sobre Cristo. En efecto, desde la universidad, institución históricamente promovida por la Iglesia, se sentaron las bases de una nueva cultura y una nueva civilización, donde surgió con gran esplendor la armonía entre la fe y la razón (Rodríguez, 2014, p. 118).

La búsqueda de la verdad, no puede realizarse si se deja al margen de ella la presencia de Dios. Es imposible encontrar aspecto alguno en el cual Él no esté presente, por lo que para poder entenderla, se vuelve completamente necesario el estudio de la teología. Ésta última tiene un sentido integrador y posibilita la comprensión de la verdad superior (Newman, 1996, p. 81).

Quien busca la verdad, no puede ignorar, como su contrapunto, el relativismo surgido a partir de lo que se ha denominado crisis de la verdad. El relativismo, tan presente en nuestro mundo, niega la existencia de verdades objetivas; todo es relativo pues depende del sujeto que juzga, de la época y de los condicionamientos sociales.

Fazio (2012) expresa de manera paradójica el relativismo presente en la cultura actual al explicar:

Es «verdad» que la mayoría de las cosas son relativas. Las soluciones técnicas a los problemas económicos son opinables; los gustos estéticos... resumiendo casi todo es relativo. Pero la clave está en ese «casi». Hay un núcleo de verdades que tienen una relación directa con el orden moral, con lo que Juan Pablo II llamaba «la verdad sobre el hombre», que son inmutables, que constituyen donde fijar el sentido de la existencia y que garantizan la convivencia social (p. 17).

Nos referimos a aquellas verdades que, una vez descubiertas, iluminan nuestra vida, principios como hacer el bien y evitar el mal, respetar la vida y buscar la justicia. En la actualidad, el peligro es que la razón los ignore y se doblegue ante la utilidad como criterio último de las decisiones.

La verdad se traduce en el ámbito universitario en el saber superior que, en palabras del profesor Leonardo Polo, consiste en participar de los conocimientos más elevados que la humanidad posee en un momento histórico (Polo, 1997, p. 36). Ese saber se caracteriza por su dinamismo, ya que la universidad es el lugar propio para su incremento y difusión, no sólo para su conservación. A ella le corresponde la triple tarea de la preservación, difusión y el incremento del saber superior. La valía de éste no viene dada por la utilidad que pueda reportar, sino por su valor intrínseco: espreciado en sí mismo, por su propia naturaleza, lo que no excluye los beneficios que reporta humana y socialmente. Es por su valor intrínseco, valor práctico y valor social, por lo que el saber superior debe ser difundido (Polo, 1997).

El objeto propio del saber superior es la verdad, es el objeto del conocimiento de todos los elementos que integran la realidad y sus relaciones, que se vinculan entre sí de manera muy parecida a los sujetos y predicados en la lógica. Todo lo que existe, en cuanto contemplado por la mente humana, forma parte de un único gran sistema o hecho complejo, que sin duda se resuelve en un número indefinido de hechos particulares, que como porciones de un todo, tienen unos con otros innumerables relaciones de todo tipo (Newman, 1995, p. 31).

Para acercarse a la verdad como saber superior se debe evitar la fragmentación del conocimiento. Intentar abstraerse de la relación que existe entre una y otra cosa es deformar el mundo, observando cada evento de manera independiente, lo que al final se traduce en que todo se transforma en una especie de conjunto de fotografías sin ninguna continuidad que explique su sentido u origen (Niklander, 2014, p. 146). El trabajo académico verdaderamente universitario no puede conducir a reduccionismos de ningún tipo, de ahí la necesidad de una investigación interdisciplinaria, como trabajo propio, no tanto de individuos aislados sino de comunidades académicas de investigación y diálogo, en las que prime el interés por el cultivo de los saberes teóricos y prácticos, antes que por intereses ideológicos o mercantilistas que empequeñecerían el ideal de la universidad: ser realmente el *alma mater* de todos los que la conforman (Parra, Meneses, Merizalde, y Rodríguez, 2008, p. 16).

La universalidad, propia del saber superior, guarda relación con la extensión del objeto de estudio, pero también con la multiplicidad de los métodos y enfoques utilizados para aproximarse a él. Al ser el objeto de estudio la realidad en sus diferentes manifestaciones, se evidencia la amplitud de lo que puede conocerse. A su vez, las diferentes vías y perspectivas de análisis, no sólo son necesarias, sino que enriquecen la comprensión de los fenómenos estudiados. Se impone así la necesidad de concebir la búsqueda y la difusión de la verdad como una actividad interdisciplinaria, como trabajo de comunidades académicas de investigación y diálogo (Parra *et al.*, 2008, pp. 15-16).

Perder de vista la universalidad conduce a la desaparición de la unidad en la universidad. La excesiva especialización ha llevado a una separación de las diferentes ciencias, en particular de las naturales y las humanísticas. Esta separación debería reducirse si nos replanteamos la misión de la universidad y su lugar en la sociedad, con el fin de orientar el desarrollo material al desarrollo humano. Es preciso, como lo advierte de diferentes maneras el profesor Leonardo Polo, que las humanidades muestren su trascendencia para la vida, llegando a ser directoras y guías de la sociedad:

La universidad moderna ha fracasado en la construcción de un mundo más humano. Por el contrario, ha contribuido de manera decisiva a que

el mundo sea dirigido sólo a las ciencias de la naturaleza. Si las ciencias del espíritu no aparecen también en escena, si no entran en simbiosis con ellas, entonces la sociedad degenera, el progreso se hace unilateral, y se resuelve en un conjunto de que se contradicen entre sí, en una complejidad ingobernable, como se suele decir hoy (Polo, 1997, p. 56).

La existencia de comunidades de vida intelectual, que puedan elaborar una visión global de la realidad, es otra de las exigencias y rasgos del saber superior. Estas comunidades deberían ser capaces de interpretar los fenómenos sociales desde la óptica de la verdad sobre el hombre, su dignidad y su finalidad trascendente. Sólo a partir de esta lectura, será posible orientar el desarrollo de la humanidad, de modo que, en una mejor sociedad, cada persona pueda realizar a plenitud su naturaleza humana.

El saber superior va acompañado también de la excelencia intelectual, término empleado por el cardenal Newman para aludir al esfuerzo por hacer avanzar el conocimiento y perfeccionar las instituciones a él dedicadas (García Hoz, 1997, p. 262). La misión de la universidad se centra en ello, aunque se apoya en la labor de otras instituciones escolares, los centros de primaria y, muy singularmente, los de secundaria.

En conclusión, perseguir el saber superior en la universidad nos ubica en lo central de la tarea educativa, la búsqueda de la verdad, y con ella, en la necesidad de que ésta lo potencie mediante sus funciones sustantivas, incluida la gestión académica, como una de ellas. La búsqueda de dicho objetivo ha de ser el faro que guía las diferentes acciones de todos los que forman parte de la universidad, especialmente de los profesores, difusores y creadores permanentes del conocimiento y custodios del saber acumulado.

A continuación abordaremos cómo entender las funciones sustantivas de la universidad desde esta perspectiva; partiremos de su significado originario, que a menudo contrasta con el atribuido en la actualidad. Ello ha de llevarnos a identificar y reconfigurar lo propio y específico de la universidad en relación con sus funciones para generar un debate sobre el tipo de universidad en la que estamos y los condicionantes para su mejora.

NECESIDAD DE REAFIRMAR LOS FINES ORIGINARIOS DE LA UNIVERSIDAD

Partiendo de la tesis de que el verdadero fin de la universidad, como institución social, debe ser la perfección humana de quienes la integran, es decir tanto de los estudiantes, como de los profesores y demás personas a ella vinculadas, definiremos cuál es ese fin y determinaremos tanto las funciones sustantivas como los medios para lograrlo. Al hacerlo, no ignoraremos tampoco que toda universidad actual debe ir reorientando sus actividades para servir mejor a la sociedad.

Sus fines permiten diferenciar a las instituciones, dotándolas de una naturaleza propia y particular; si se desvirtúan, éstas también se desvirtúan, pierden su sentido, desaparecen, o bien se transforman de modo sustancial (Parra *et al.*, 2008, p. 13). La permanencia de los fines conlleva a la consolidación de su identidad, su sentido y su razón de ser.

Se pueden reconocer dos tipos de fines: los necesarios y los contingentes (Altarejos y Naval, 2000, pp. 76-77). Los primeros se justifican por sí mismos, con independencia del contexto histórico de una institución, por lo que su característica principal es que son permanentes y poseen un carácter de originarios, ya que dan vida a la institución y la dotan de su identidad primigenia. A nuestro juicio, este tipo de fines obligan a replantear lo que hace la universidad en la actualidad como institución social, pues al desvirtuarlos, en mayor o menor medida, se ha alejado de los principios que le procuraban identidad.

Los fines contingentes, por su parte, obedecen al carácter temporal y situado de todas las instituciones, y matizan los fines necesarios. Son condición de posibilidad para su realización y se integran también en la identidad institucional. Por eso, hay que proceder con cautela al diferenciar unos fines de otros, ya que cabe confundirlos y alterar su jerarquía natural.

La coexistencia de múltiples finalidades en la universidad hace de ella una institución compleja. Es inevitable priorizar los fines, algo de lo que, como se señaló anteriormente, depende la identidad de dicha institución. Sin embargo, por las presiones externas a las que

se ve sometida la universidad, puede perder de vista o no conceder la debida importancia, a su fin esencial. Las interferencias políticas, económicas y sociales, tanto de origen endógeno como exógeno, suelen conducir a ignorarlo o subordinarlo a fines secundarios o complementarios, con lo que se produce una alteración sustancial en la naturaleza de la institución universitaria, capaz incluso de destruirla (D'Ors, 1980, p. 37). En este sentido, la universidad no puede asumir finalidades que perturben el logro de su misión esencial o que la desvíen de la búsqueda de la verdad y la formación de los estudiantes (Villalobos, 2001).

Ello conlleva una alteración sustancial en la naturaleza de la universidad, que de hecho se ha producido y se produce con frecuencia, y por ello hay que tener muy clara su finalidad y procurar que sea fiel a su misión esencial. No es propio de la universidad asumir determinadas funciones y atender necesidades propias de instituciones sociales, o servir a determinados intereses particulares o coyunturales, lo cual no implica aislarse del entorno, sino tener muy clara la jerarquía de sus fines. En particular hoy, si la universidad no reflexiona sobre ellos, corre el riesgo de convertirse en una empresa, de ahí la importancia de reafirmarlos, para fortalecer su identidad propia.

IMPORTANCIA DE LOS FINES EN LA UNIVERSIDAD

La fuerza de la universidad no procede de sus recursos económicos o materiales, o de las relaciones sociopolíticas que mantenga; proviene de la capacidad que sus miembros tienen de pensar con originalidad, libertad y energía creadora (Llano, 2003, p. 52). Es el conocimiento de la verdad lo que permite distinguir los medios de los fines y evitar que éstos últimos queden subordinados a los primeros.

Cuando está presente en las universidades, surge un *ethos* que resulta incompatible con el pragmatismo y utilitarismo tan difundido en la actualidad. De muchas de ellas, podría decirse hoy lo siguiente:

Ya no se cree en la búsqueda de la verdad ni en la educación de los jóvenes estudiosos. En vez de estos clásicos ideales universitarios, con lo que quizá tropieza uno es con el activismo y la banalidad de unas

personas insignificantes, preocupadas exclusivamente de sus intereses económicos, de sus mínimas prepotencias y de su patético prestigio (Llano, 2003, p. 53).

Por eso, volver a las personas —fuente de donde nace y hacia las que debe orientarse toda innovación— es una necesidad apremiante, pero no puede lograrse tal cosa sin procurarles a los profesores universitarios el sosiego y los medios para que reflexionen, considerando otras maneras, otros modos posibles de ejercer, como tales, siendo críticos de la situación actual y proponiendo cambios para la institución a la que pertenecen.

Ahora bien, son precisamente los estudios de humanidades, los que más pueden ayudar a rescatar ese *ethos* que hace realidad la primacía del espíritu sobre la materia. Dado el empobrecimiento presente de la vida humana y la generalización del consumismo, es el propio espíritu humano lo que hay que cultivar y potenciar, para evitar que languidezca rodeado de objetos que no están a su altura (Llano, 2003, p. 79). Hace falta en definitiva que las humanidades vuelvan a permear toda la universidad y estén en su corazón, y recuperen el lugar preeminente que tuvieron en ella durante siglos.

Se daría un gran paso para recuperar la idea del fin de la universidad si se redescubriera el papel arquitectónico de la filosofía y las humanidades (la literatura, el arte, la música), que se plantean problemas que van más allá de la técnica, ya que lastimosamente, en muchas instituciones de enseñanza superior, no se abordan tales cuestiones de fondo, que se remiten al criterio de cada persona. Impera de hecho una especie de agnosticismo corporativo, considerado como la única postura políticamente correcta y garante de un consenso, más externo que interno, más aparente que real (Llano, 2003, p. 128). Sin embargo, el principio de neutralidad es incompatible con el oficio de pensar, ya que éste último conlleva partir de unas convicciones que siempre estarán presentes y se manifestarán directa o indirectamente.

La clave de la regeneración es, pues, la dinámica e innovadora fidelidad a ese espíritu universitario que lleva a valorar la inteligencia, a buscar apasionadamente la verdad, a respetar la dignidad trascendente

de la persona y a anteponer el bien común sobre el individual. Magnanimidad, grandeza de alma, se llama tal actitud de fondo. Es lo que nunca hemos de perder, aquello por lo que, como universitarios, siempre hemos de velar (Llano, 2003, p. 131). Por eso, los profesores son la piedra angular en este cambio; son ellos quienes de manera personal y propia deben hacer suyos estos ideales. El profesor-educador ayuda, demuestra, argumenta, enseña, explica, guía los trabajos, prevé dificultades, despierta iniciativas, vigoriza, voluntades, amplía horizontes, ennoblece afectos (Lerma, 2017, pp. 50-51)... en otras palabras despierta ideales.

A MODO DE SÍNTESIS: RASGOS DE LA IDENTIDAD DE LA INSTITUCIÓN UNIVERSITARIA

Aunque, como se ha afirmado, la reflexión sobre los fines de tal institución es una cuestión esencial, su ausencia ha generado evidentes dificultades para identificar lo propiamente universitario, ya que sin presupuestos claros es imposible definir metas adecuadas para ella. Sería tentador sostener que existen en este terreno dos concepciones contrapuestas —una pragmática y otra idealista—, pero ambas hunden sus raíces de hecho en una visión reduccionista del hombre y la sociedad, que desemboca en posturas excluyentes en lo relativo a sus fines (Parra *et al.*, 2008, p. 14).

En el primer caso, el reduccionismo surge en la medida en que la universidad se convierte en un simple instrumento para solucionar determinados problemas que se presentan en la sociedad. Es esta última la que determina los objetivos y la universidad se limita a intentar lograrlos. Por su parte, la visión idealista pretende ignorar los profundos cambios que vivimos y que la universidad debe tener en cuenta. Con todo, lo primero es concretar los rasgos esenciales del fin de la universidad, los que configuran su identidad, pues sin ese marco de referencia ésta sucumbirá ante las exigencias externas.

Ya hemos explicado que realmente lo universitario es la mejora permanente del saber superior y su transmisión, la visión unitaria que debe estar presente en los profesores y en su modo de cultivar los saberes, y

la tradición como depósito de la erudición y la cultura. Destacaremos aquí que su búsqueda, conservación y difusión debe estar presente en toda la universidad y guiar a todos los que la integran, cualesquiera sean sus diferentes puestos y responsabilidades.

Se ha de recuperar además la unidad del propio ser humano y, en este ámbito, en colaboración con la otra institución en la que el ser humano se forma —la familia—, la Universidad debe afianzar a la persona y ayudarle a desplegar lo mejor de sí misma en beneficio de la sociedad. Éste no es un ideal utópico, sino por el contrario un objetivo real y necesario para nuestro mundo.

El tercer rasgo, al que nos referíamos, es la tradición, ya que la universidad fue creada como un espacio para conservarla, como lugar natural de la palabra cargada de sentido, inmune al funcionalismo informativo y pragmático del mundo, en el cual la palabra acaba por perder su propia vida, su dimensión subjetiva y significado histórico. La universidad es la casa del lenguaje, porque lenguaje es la casa del ser (Llano, 2003, p. 30).

En lo que a la tradición respecta, pueden adoptarse dos posturas: apearse excesivamente a ella (lo que impide realizar ajustes en función de las necesidades del entorno y el momento) o despreciarla e ignorar su relevancia. Hay, pues, que hallar el punto medio que permita aprovechar todo lo que ofrece la tradición, sin negarse a implantar reformas como respuesta a las necesidades y expectativas de la sociedad a la que se ha de servir. Su secular historia tiene mucho que decir y enseñar a la universidad contemporánea, pero no todo lo que debe aprender y escuchar la universidad puede extraerlo de ella (Parra *et al.*, 2008, p. 14).

En definitiva, una auténtica tradición pretende mantener lo ya alcanzado, a la vez que acepta e impulsa el logro de mejoras y perfecciones que supongan una verdadera innovación. Esta permanente capacidad de innovar requiere una cultura de la anticipación: situar la atención de la mente muy por delante del curso académico actual. La universidad se desplaza a lo largo del tiempo como un trasatlántico que ha de prever su rumbo con mucha antelación (Llano, 2003, p. 33). ■

REFERENCIAS

- Altarejos, F., y Naval, C. (2000). *Filosofía de la educación*. Pamplona: Eunsa.
- D'Ors, A. (1980). *Nuevos papeles del oficio universitario*. Madrid: Rialp.
- D'Souza, D. (1991). *Illiberal education: the politics of race and sex on campus*. New York: Free Press.
- Fazio, M. (2012). *Al César lo que es del César: Benedicto XVI y la libertad*. Madrid: Rialp.
- García Garrido, J. (1999). La enseñanza superior europea en el siglo XX: reflexiones en torno a su evolución (pp. 193-220). En Laspalas, J. (Editor) (1999). *Historia y teoría de la educación. Estudios en honor del profesor Emilio Redondo García*. Pamplona: EUNSA.
- García Hoz, V. (1997). *Glosario de educación personalizada: Índices*. Madrid: Ediciones Rialp.
- Kerr, C. (1963). *The uses of the University*. Cambridge: Harvard University Press.
- Lasch, C. (1979). *The culture of narcissism: American life in an age of diminishing expectations*. New York: Warner Books.
- Lerma, H. (2017). El profesor universitario. *Revista Panamericana de Pedagogía*, 24, 15-64.
- Llano, A. (2001). *Discursos en la universidad (1991-1996)*. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Llano, A. (2003). *Repensar la universidad: La universidad ante lo nuevo*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.

Newman, J. H. (1996). *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*. Pamplona: EUNSA.

Niklander, G. (2014). *El sistema de educación superior chileno. Una revisión desde la perspectiva de MacIntyre, Newman y Ortega y Gasset*. Tesis doctoral, Universidad de Navarra.

Ortega y Gasset, J. (1968). *Misión de la universidad y otros ensayos afines*. Madrid: Editorial Revista de Occidente.

Parra, C., Meneses, A., Merizalde, M., y Rodríguez, L. (2008). *Universidad y formación personal*. Bogotá: Universidad de La Sabana.

Parra, C. (2005). La universidad, institución social. *Estudios Sobre Educación*, 9, 145-165.

Pérez, E., Balbín, R., y Cervigón, F. (2012). *Una visión de la universidad*. Caracas: Universidad Monteávila.

Polo, L. (1997). *El profesor universitario*. Chía: Ágora.

Polo, L., Castillo, C., Honorato, J., Ponz, F., Rodríguez, P., y Llano, A. (1993). *Josemaría Escrivá de Balaguer y la universidad*. Pamplona: EUNSA.

Rodríguez Iturbe, J. (2014). *Verdad y cultura* (Colección Cultura Institucional 2). Chía: Universidad de La Sabana.

Rosovsky, H. (1991). *The university: an owner's manual*. New York: Norton y Co.

Villalobos, E. (2001). Saberes y comportamientos éticos necesarios en la educación del futuro. *Revista Panamericana de Pedagogía*, 2, 275-287.